

bien, teniendo como tienen sus vitales menstruaciones, se dedican a sacrificar al chivo expiatorio y se sumergen sin traumas en la sangre de la muerte. Con manos expertas de damas de la Cruz Roja taponan con algodón los agujeros que hicieron las balas de la metralleta en el cuerpo de Moro. Lo recomponen. Tal vez lo lavan. Gentiles, ágiles, serviciales, como oficiales de los ritos fúnebres de los antiguos. Las feministas silencian el terrorismo de la mujer, porque en su "libro rojo" sólo hay sitio para la "violación".

En el seminario de Vincennes analicé cómo las dictaduras nazi-fascistas habían solicitado el apoyo de las mujeres: "Debemos comprender —dice Himmler— que la concepción nacionalsocialista del mundo sólo podrá subsistir si es sustentada por las mujeres". Los análisis realizados en el seminario de Vincennes ahondan en el enigma del consenso, rebuscan entre las fibras oscuras de la Alemania hitleriana, de la España franquista, del Portugal salazarista, hasta el golpe de Estado de Pinochet y los posibles golpes futuros. La mujer no es examinada en el seminario de Vincennes como una entidad absoluta de bien. No es centralidad positiva total, sino desesperada y caótica contradicción entre servidumbre y rebelión. Las masas femeninas, dos palabrejas en las que coexisten, en la apología hecha por el marxismo, una doble opacidad, una dúplice falta de transparencia que emana de la palabra "masa", multiplicada por el adjetivo "femeni-



María Aurelia Capmany

El fondo de la cuestión

cano, bajo la autoridad de la Generalitat de Catalunya, tuvimos el dudoso privilegio de ver, de leer, de experimentar, en el tiempo justo que tardó el Ejército del General Franco a ocupar nuestra tierra, como la mujer de la clase media —y llamo la atención sobre el papel ejemplar que la mujer de clase media ejerce en la sociedad contemporánea— destruyó todo rastro de feminismo —rastros visibles en las leyes, en las costumbres, en las conciencias— para sacar a relucir un nuevo concepto alienante: la femineidad. ¿Por qué? Porque lo importante era el triunfo de su propia clase, lo importante era para la revolución, lo importante era que el gran capital —lo que ahora llamamos los poderes fácticos para tranquilizar nuestra conciencia— asentara su poder por lo menos otro siglo. Y esto lo hizo la mujer burguesa que yo conozco, que tu conoces, la mujer burguesa de Barcelona, de Reus, de Manresa, de Madrid, de Bilbao, de Valencia, de Zaragoza, de Ciudad de Mallorca, de Vigo, de San Sebastián, de Murcia. Y lo hizo a conciencia, con la dulce sonrisa de víctima autoinmolada que constituye la esencia de la femineidad, dispuesta a ser de nuevo matriz, y nada más que matriz —tota mulier in utero— para que los ejércitos que defendían sus privilegios de clase tuvieran hijos, muchos hi-

jos para inmolar a la patria capitalista.

Nuestra piel de toro fue un magnífico resumen teatral de un proceso que venía desarrollándose en el mundo, proceso que todavía no ha terminado, y para ilustración de hombres y mujeres distraídos recomiendo la lectura de un gran libro, escrito en 1937, me refiero a *Tres guineas*, de Virginia Woolf.

Lo grave, lo grave del ocaso del feminismo es que nació y vivió en la misma clase social que lo hizo abortar por necesidad de clase. ¿Se acuerdan ustedes de la manifestación de las ollas vacías contra la política de Allende?

La mujer no es un ser natural, sino una persona histórica, y lo grave de ciertos colectivos feministas es que no han sido capaces de leer la Historia. Por ello dice muy bien la Macciocchi que el "Movimiento" restablece entre las mujeres la pirámide jerárquica. Y lo grave es que no sólo restablece la pirámide jerárquica que aprendió de la sociedad capitalista, sino que remeda, mutatis mutandi, una caricatura confeccionada por los mandrines virtuosos: la culpable, la culpable de la caída de Adán, de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, la puerta del infierno, la hos vulvas, la bestia horizontal, mientras los virtuosos caballeros de su propia clase siguen mandando de pie. ■

CENERACIONES de mujeres rientes, protagonistas del futuro, ciertamente distintas, están ya entre nosotros.

Subrayo esta frase del texto, y digo con todo entusiasmo: ¡Ojalá! Siempre me ha preocupado esta terrible seriedad de cierto feminismo, seriedad que no le ha permitido llegar al fondo de la cuestión, seriedad que ha conferido, a una gran parte del feminismo, ese aire sufriente tan fácilmente confundible al tema: la mujer ha venido al mundo para sufrir y en ello está su orgullo y su gloria.

Nada me ha asustado más que la sentimental, complaciente, lacrimógena autocompasión de ciertos feminismos tribales. Quizá porque pertenecía a la generación que vivió en su propia carne la ceremonia cruel del propio sacrificio en el altar del fascismo triunfante. Y no hago una frase agraciada y retórica, estoy hablando de Historia.

Nosotras, las que tuvimos la suerte de vivir al lado republi-

no". Continuando este análisis, nos percatamos del énfasis ambiguo del slogan feminista: "La mujer es algo espléndido". La mujer no emerge, destacándose de la masa, como la republicana del cuadro de Delacroix que puede admirarse en el Louvre. En los movimientos protagonizados por la gran cólera libertaria, cuando se pasa una página histórica, la mujer se queda la mayor parte de las veces en la retaguardia. En las ignominias de la Historia solicita un asiento de primera fila, pero se limita al papel de "voyeuse". El feminismo, como movimiento autónomo de liberación, nace,

en la Historia moderna, siempre después, nunca antes que las agitaciones revolucionarias, que hacen agrietarse la costra de acero de la sociedad familiar-patriarcal (...).

La breve, aunque útil, historia del marxismo, en femenino, se desarrolla también en pleno posmarxismo. Hoy Swift no escribiría las "Instrucciones a los criados", sino las instrucciones para las marxista-feministas. De igual manera, "El elogio de la locura", de Erasmo, sería hoy una crítica de esa imposible "entente" social, de esa "eterna ironía de la comunidad que es una mujer". escri-

